

de Jesús se los prestaba ; los hombres no tenían alas para remontarse á la gloria infinita, pero el amor de Jesucristo se las daba ; los hombres no tenían fuerzas para romper la ominosa cadena del pecado, pero el Hijo de Dios acababa de romper esas cadenas ; los hombres no podían cerrar las puertas del infierno, pero el último soplo de la vida espirante del Redentor acababa de cerrarlas.

Las santas mujeres supieron que Jesús había espirado, por el grito que saliera de las entrañas de María, y todas ocultaron sus rostros con las manos, y en abundantes lágrimas espesaron su dolor, y el quebranto de sus almas.

CAPITULO VI.

Conflagracion universal.

El último suspiro de Jesús fue como una señal dada á la naturaleza toda entera. Parecia como que los elementos dolidos de servir al hombre ingrato, querian desgarrarse por sí mismos, y desaparecer, ya que no les era posible volver sus violentas iras contra la raza de los deicidas.

El cielo de improviso aparece vestido de negro, y muere la escasa luz que hasta entonces había alumbrado por espacio de tres horas la naturaleza consternada.

Por toda la redondez de la tierra se extienden unas sombras densas, palpables, espantosas, y allá en el horizonte aparecen horribles fantasmás dando gritos desgarradores

y pavorosos, y allá en la inmensidad del firmamento se ven dos globos inmensos, sin brillo, sin luz, y teñidos de rojo, como si reventaran en sangre.

El pavor se extiende por doquiera ; hombres, animales y criaturas insensibles pensando que ha llegado el fin de los tiempos, y poseidos de un espanto indecible, los unos exhalan lamentos y ayes, los otros en gritos terroríficos espresan su conmocion, y crujen los últimos, y todo se estremece.

A parte de estos gritos y gemidos un silencio sepulcral domina por doquier.

Parece que la naturaleza toda ha entrado en el seno del sepulcro, y que allí entre pavorosas sombras y silencio pavoroso, espera que la inaccion la descomponga y la destruya.

Pero aquel silencio, interrumpido de vez en cuando por los ayes que se perciben en el cielo, y por los alaridos que salen de la tierra, se interrumpe.

De improviso una voz mas terrible que la del trueno sacude los espacios del firmamento, y hace chocar sombras con sombras, cáos con cáos, tinieblas con tinieblas.

El mundo espantado calla. No tiene valor para publicar su miedo por medio de lamentos, y hasta la pavorosa apaga los suspiros en sus labios trémulos y descoloridos.

Aquella voz parecida al trueno desencadena los elementos, y precipita los huracanes y las sombras del Septentrion contra las del Mediodía ; las de un punto de la tierra contra las del que le está opuesto.

Brama el huracan ; descende el viento impetuoso desde las alturas del cielo, choca contra la tierra y contra otros huracanes, arrasa los bosques cuyos centenarios árboles crujen, y cuyas robustas ramas no saben á qué viento obedecer, y hace rodar las rocas mas enormes desde la cumbre de las altísimas montañas, al fondo de los tenebrosos y profundos abismos.

Bambolean en sus cimientos los edificios mas bien contruidos, que parecian desafiar los siglos, y se agitan como leves hojas de un árbol los monumentos de granito que ha elevado sobre la tierra el orgullo de los hombres.

¿Va á perecer el mundo? ¿Va á reducirse la raza de los hombres á la nada, y á cambiar de forma la tierra y el cielo, para que la habite una raza mas digna, mas noble y sobre todo mas agradecida? El globo de la tierra que ha oido el primer vagido del Hombre-Dios, y el último suspiro del Redentor divino, va á verse convertido eternamente en ruinas; va á ver mezclados en confusion espantosa todos sus componentes por toda una eternidad?... ¿Quién sabe? Los hombres despues del crimen de su raza, no saben darse cuenta mas que de su temor, y del miedo que roe sus entrañas agitadas por la pavora, y sacudidas por el horror.

En el firmamento no hay concierto; la creacion ha olvidado todas sus leyes, ó la mano de Dios impulsa á los globos, dándoles una direccion y una ruta del todo diferente, anómala del todo. Aquí una estrella fija, roja como la sangre recién vertida, se desgaja de sus altísimos cimientos, se precipita por el espacio rápida como el pensamiento, rasga atmósferas y elípticas, choca con otras estrellas, todo pierde el equilibrio, y la que ostentaba sus blanquísimos fulgores en el zenit, va á perderse en las profundidades del nadir, llevando á todas partes el trastorno, la confusion y el estruendo: allí un cometa se precipita del nadir, y sube rápido al zenit, dejando en pos de sí una ráfaga pavorosa del color de la sangre, en unas partes choca con grande estruendo con los astros, en otras es arrojada; allí le atraen, aquí le rechazan, acá otra estrella cadente la sacude con fuerza como si intentara hacerle regresar al punto de su partida, mientras que un nuevo astro mas poderoso choca con los dos, los destruye y convierte á la una en un número portentoso de satélites que ar-

rastra en pos de sí, y reduce al otro á pequeños fragmentos que se dividen y subdividen, y vagan errantes por los aires, y caen por fin sobre la tierra en forma de candentes aerólitos.

El globo terráqueo empieza á estremecerse. La furia de una estrella que se desprende le sacude con violencia; la furia de otra estrella que sube hácele bambolear... El fuego interno hace hervir los mares, y arroja al cielo grandes cantidades de agua caldeada... busca un respiradero por todas partes; no le basta el mar, y rompe la costra de la tierra en mil partes diferentes á la vez, y todas ellas arrojan al firmamento con furia espantosa, con roncós mugidos, ríos enormes de lava, y rocas incandescentes, no menores que los aerólitos que caen sobre ella.

No basta esto para espresar fielmente su dolor. Parece una mujer desesperada que desea suicidarse, y con sus propias uñas se desgarrá, mientras invoca la piedad de un alma que venga á libertarla del peso de la vida. En fuerza de su dolor, y viendo que las llamas que arroja al cielo por mar y por tierra, no bastan á librarla del peso de la existencia que le agobia, se conmueve, se agita, se estremece, y pensando tal vez que con las convulsiones podrá dar fin á su existencia, sacude sus entrañas llena de desesperacion, y estos sacudimientos vienen á añadir al desconcierto pavoroso y universal un terrible terremoto, cuyas trepidaciones desgárranla por todas partes, y cuyas sacudidas son tan enormes y violentas, que las mas duras rocas no las pueden resistir, y se abren y se hacen mil pedazos, y se rajan los peñascos, y se hunden las montañas, y allí donde habia antes un lago se alza un monte, y allí donde se alzaba una cordillera se convierte de improviso en un brazo de mar. Las aguas de la superficie se precipitan al fondo de los abismos, introduciéndose por los boquerones que el terremoto abre en diversas partes, mientras que en

otras por otros boquerones , abiertos tambien por aquella espantosa convulsion de la naturaleza, se precipitan sobre la superficie del globo enormes masas de agua hirviente, ó de lava que aquí y allá forma mares de fuego y azufre.

Las convulsiones terráqueas se precipitan con vertiginoso y loco frenesí ; el pavor de los hombres aumenta á cada instante, y se preguntan á sí mismos con asombro por qué no mueren de miedo, mientras que los mas sólidos edificios bambolean, y á la par que algunas montañas, se vienen con estruendo al suelo las obras que mas orgullosos tenían á los hombres.

La mano de un poder invisible toca mientras tanto á la puerta de los sepulcros, y la muerte se estremece. No puede permanecer tranquila en su region, aquella que hase precipitado sobre Dios mismo, y le ha hecho presa de sus rigores.

La muerte debe comprender que ha sido vencida por su divina Víctima, y por eso se estremece en sus regiones de eterno silencio y de eterno horror, cuando en el desconcierto universal de la naturaleza llorosa y entregándose á los extremos de su dolor, llega una mano animada de un poder irresistible, y llama á la puerta de las tumbas para que se abran, y den paso á los seres descompuestos que se abrigan en su seno, y que muertos y vivos creyeron no debian salir jamás de allí.

Esta escena pasa no léjos del Calvario, donde las rocas se han dividido en pedazos ; esta escena pasa no léjos de Jerusalem, cuyo granítico pavimento se ha hecho mil pedazos ; esta escena pasa en el valle de las tumbas, donde descansan los restos de los israelitas justos ó malvados, que vivieron en la ciudad deicida muchos años antes.

La mano misteriosa é invisible llama á los sepulcros de los santos, y la misma mano les restituye milagrosamente la vida, mientras que se abren las puertas de los sarcófa-

gos, y dan paso á los que habian sido presa de la muerte, y que ahora van á dar en la ciudad testimonios irrefragables del Autor de la vida.

En vista de aquel prodigio todo se estremece, y la misma tierra parece acallar su dolor, para contemplar la escena que va á representarse entre muertos resucitados, y vivos enterrados bajo las sombras del miedo que les domina, que les agita y estremece, y que les hace invocar la muerte, para librarse del cuadro espantoso que ofrecé la naturaleza toda.

Mientras que Jesucristo nuestro Redentor espiraba en la cumbre del Calvario, iba á ofrecerse el sacrificio de la tarde en el templo de Jerusalem. Los sacerdotes hebdomadarios en vista de los prodigios que se obraban en el cielo, hallábanse poseidos de un terror cerval, que apenas les dejaba aptos para ejecutar las ceremonias de que iban acompañados todos los sacrificios.

Era aquella tambien la hora en que el sacerdote encargado de incensar el Santo de los Santos, y de arreglar la lámpara que ardia constantemente delante de Dios, habia de entrar en la parte del santuario llamada el *Santo*, donde habia el altar de los perfumes y el candelabro de siete lámparas. Esta parte del templo hallábase entre dos espesos, tupidos y riquísimos velos. El exterior impedía al pueblo penetrar con la mirada hasta el *Santo*, y el interior ocultaba el *Santuario* propiamente dicho, y solo lo levantaba una vez al año el sumo sacerdote, para penetrar en él y rogar allí por el pueblo en la fiesta de las expiaciones.

Aquí moraba Dios, y desde dicho lugar hablara al pueblo en diversas ocasiones, por medio de manifiestas é imponentes señales: aquel era el lugar donde la divinidad habíase erigido en santuario, y era tan celoso del respeto que merecia el Santo de los Santos, que sabiéndolo el sumo sacerdote, la unica vez que entraba en él durante el año, lo

hacia pálido y temblando, y daba despues un convite á sus parientes y amigos, por la alegría de no haber muerto, aniquilado por la grande majestad del Señor, que habia presenciado.

El velo, pues, que separaba el *Santo* de lo que se llamaba propiamente el Santuario, era sagrado, y se puede juzgar con cuanto cuidado andarian por no tocarlo los sacerdotes que entraban en el santuario todos los dias, para ofrecer el incienso, y arreglar las luces que ardian constantemente en el candelabro.

Estaba encargado de este oficio el dia de la muerte de Jesucristo un sacerdote llamado Juan, hijo de Zaqueo, quien al parecer no era tan perverso ni malo como la gran generalidad de sus compañeros de ministerio.

Llegada la hora del ofrecimiento del incienso, aunque poseido de un pavor indescriptible, á causa de las terribles señales que daba el cielo, entró en el Santo para cumplir con los cargos de su ministerio. Tenia la tez pálida, el cuerpo tembloroso, y de la frente le caian gruesas gotas de un sudor frio... Parecia sentir lo que sus ojos espantados iban á ver, pensando morir en aquel momento.

Apenas habia llegado al pié del altar del incienso, cuando las tinieblas se hicieron palpables y la naturaleza entró en el período de consternacion que hemos visto. La mano temblorosa de Juan puso el incienso sobre las áscuas que ardian en el altar, mas las ascuas en aquel momento se apagaron, y el perfume no se remontó al cielo, porque Dios no recibia ya los sacrificios ofrecidos por el pueblo hebreo; porque la majestad de Dios no moraba por mas tiempo en aquel lugar, que con tanta predileccion habia mirado hasta entonces.

Admirado el sacerdote, y mas lleno de terror trataba de indagar la causa que produjera el para él incomprendible fenómeno, cuando un soplo misterioso apagó la lámpara

que ardia constantemente y que Juan se hallaba encargado de alimentar y de mantener.

Sumido ya en la mas densa oscuridad exhaló un grito de terror el espantado sacerdote, y al momento en que los senos de la tierra se estremecian, rompiendo en innumerables pedazos el suelo granítico del pavimento, fulgura en el Santo una luz misteriosa y terrible, y una mano sobrenatural rasga el velo del Santo de los Santos de arriba á bajo, mientras que una voz severa, majestuosa, imponente, aterradora, resuena por los aires, salida del interior del Santuario, y dice:

— ¡Salgamos de aquí! ¡Salgamos de aquí!

Juan aterrorizado y pensando morir cae en tierra, cubre su rostro con entrambas manos, y siente que sus entrañas se estremecen, cual se estremecian las entrañas del globo. El sacerdote pensaba morir, y en el acceso de su terror y en la angustia que le devora, esclama:

— ¡Oh templo! ¡Oh templo! ¿Por qué te bamboleas así? ¡Ay! La suerte que te espera nos es conocida ya por la profecía de Zacarías, hijo de Joiadas, que dijo: «¡Abre tus puertas, ó Líbano, para que el fuego abraza tus cedros!...»

Y así postrado en tierra aguardó el fin de la conmocion universal, pensando que la hora de su muerte estaba cercana.

Cuando de nuevo la calma se hubo restablecido en la naturaleza; cuando las entrañas de la tierra cesaron de palpar, y el vertiginoso movimiento de los astros hubo cesado; cuando la luz del sol volvió aunque pálidamente á iluminar la tierra; cuando las densas y espesas sombras hubiéronse replegado en un punto lejano del horizonte, como si fueran las gasas enlutadas de un inmenso cortejo fúnebre; cuando los habitantes de la tierra empezaron á respirar, restablecidos del grande susto y pavora que les

dominara, entonces el sacerdote Juan levantóse del suelo, y poniendo la mirada en el velo del Santuario, vió que se hallaba dividido en dos mitades, y replegadas estas á derecha é izquierda, dejando libre á todas las miradas lo que dentro se encerraba; objetos venerandos y sagrados un tiempo que pasó, mas entonces objetos ya tan solo que recordaban unos simbolismos que ante la realidad dejaban de tener significacion.

Aterrorizado volvió Juan en torno suyo la mirada, y vió delante de él el altar del incienso con el fuego apagado, la lámpara del Santuario sin arder, y el velo exterior rasgado tambien y replegado á derecha é izquierda, de modo que ya no habia nada de misterioso, nada de escondido para el pueblo. La divinidad decia á Israel que nada debian buscar ya en el templo, pues, todos los simbolismos, todos los sacrificios alegóricos habian terminado, desde el momento de la consumacion del cruento sacrificio del Calvario.

La mano del Señor rasgando los dos velos del Santuario, decia á los israelitas que allí no se albergaba ya la majestad de Dios; que el templo de Israel habia dejado de ser un templo de Dios.

Juan con los terrores de la muerte apartóse de aquel lugar; y esplicando el hecho á sus compañeros los sacerdotes, repitió las exclamaciones que hemos visto en sus labios en el momento de la conflagracion universal (1).

Estos corrieron á presenciar el grande acontecimiento, y no menos aterrorizados que su compañero Juan, auguraron desgracias inmensas al pueblo de Dios, pues tales y tan espantosos prodigios acababan de obrarse, como no se habian obrado desde el primer dia del mundo.

Razon tenian los sacerdotes de temer todos los males, porque todos habian caido sobre el pueblo judío, desde

(1) Esta escena la refiere el libro rabínico de los judíos, conocido universalmente con el nombre de *El Thalmud*.

aquel momento en que llamaron sobre sus cabezas y las de sus hijos y descendientes la sangre del Justo que acababa de espirar.

CAPITULO VII.

El Corazon herido.

¿Qué pasaba mientras tanto en la cumbre del Gólgota? La conflagracion universal, ¿qué efecto produjo en los que presenciarian la muerte del divino Salvador?

Los rabiosos enemigos del Cristo cayeron de improviso desplomados en tierra, como el demonio que les animaba y dirigia, caia precipitado á los mas tenebrosos antros del abismo. Onkelos, Anás, Caifás, Eleazar, y todos sus abominables compañeros, sentian que el miedo, la ira y el despecho derretian sus entrañas, y encontrándose impotentes, y hallándose anonadados, sacudian sus frentes contra las rocas, y proferian horrendos gritos de pavor inenarrable, de espanto indefinible.

Con sus manos desgarraban sus pechos; con los dientes mordíanse los labios y la lengua... un vertiginoso frenesí les dominaba... querian huir y no podian; deseaban levantarse y no les era dable; hubieran querido ocultarse en el seno de la tierra, y la tierra no se abria para darles un asilo que les librara del inaudito y especial tormento que les devoraba las entrañas.

Mientras tanto el pueblo seducido por ellos se precipitaba por entre las tinieblas hácia el lugar en donde hallábase la ciudad. Espantosos y roncós alaridos salian de sus pechos, porque la grandeza del espectáculo y el terror de

los elementos se apoderaba de ellos... Huían, pensando escapar de la cólera divina, pero por doquier se veía el mismo espectáculo, por doquier la misma espantosa conflagración.

Unos gritaban y maldecían á los sacerdotes y á los enemigos del Cristo; otros reconociendo su pecado, y pensando morir, herían sus pechos, y proclamaban que el que acababa de morir era el Hijo del Altísimo, é imploraban la misericordia del Eterno, para que no les castigara cual merecían, por la participacion tomada en el infinito crimen que se acababa de perpetrar.

El centurion Cornelio y los soldados que habian asistido al suplicio de Jesús, ó que habian tomado en él una participacion directa ya como verdugos, ya como ministros del poder de Roma; aquellos seres rudos y acostumbrados al grandioso espectáculo de las batallas, y á afrontar la muerte, acobardados como mujeres hundían la fiera y altiva cabeza entre los hombros, y no daban menores muestras de terror de las que podia dar la vírgen mas tímida de Israel.

Los rudos soldados esclamaban con voces roncadas, voces que el miedo hacia mas roncadas y cavernosas aun:

— ¡En verdad este hombre era inocente!... ¡La naturaleza va á castigar la injusticia de los hombres!

Pero el centurion Cornelio, aquel noble y generoso corazón, que con tanto empeño tomara delante de Pilatos la defensa del Salvador; aquel pecho magnánimo, que si no creía antes en la divinidad de Jesús, respetaba al menos las creencias de Claudia; aquel espíritu noble, que hizo en favor de Cristo y de su santísima y dolorida Madre todo lo que estaba en su mano; el centurion Cornelio, repetimos, oyendo las exclamaciones de la compañía que le estaba encomendada, y leyendo en la grandeza de la consternacion universal lo que esta grandeza decia con voz bien elocuente,

por cierto, postrándose en tierra humildemente, y dirigiendo sus miradas hácia el punto donde suponía hallarse la redentora cruz, exclamó:

— ¡Verdaderamente el que acaba de espirar es el Hijo del Dios vivo; de la única divinidad que existe!... ¡Ay de los que han ordenado el deicidio! ¡Ay del pueblo protervo que lo ha exigido!...

Y luego inclinando la frente, hasta tocar con ella el suelo, no fijándose en la conflagración de la naturaleza, sino atento siempre á la voz de la verdad, que gritaba en su corazón magnánimo, dijo:

— Jesucristo Hijo del Dios vivo; si yo no te he confesado antes, ha sido porque no te conocía, pero tú que procedes del Dios inmortal, tú que no puedes morir, oírás la confesion que de tu divinidad hace este ministro de Roma; este ministro que si ha asistido á tu doloroso martirio, no ha sido por voluntad ni por gusto, sino por deber... Yo al pié de tu misteriosa cruz abjuro la idolatría; yo al pié de la redentora cruz me declaro tu discípulo, y quiero morir creyendo en tí y amándote con todo mi corazón. Yo te confieso porque tu grandeza me anonada, pero no te conozco, aunque deseo ardientemente conocerte, y pues oyes mi voz, y pues eres tan bondadoso, no permitas que descienda á la tumba sin conocerte como deseo. ¡Jesús, Hijo del Dios vivo, ten piedad de mí!...

Acababa Cornelio de proferir estas palabras, cuando al pié de la cruz resonó un gemido. Era el de la Madre del Salvador, que abrazada con el madero de la redención, rogaba á Dios por los pobres pecadores.

Y estas palabras, empapadas en una amargura inmensa, pero llenas de un amor y de una resignacion inconcebibles, llegaron á los oídos del convertido Centurion:

— ¡Hijo mio! ¡Hijo mio!... ¡Compadécete de la desolacion de tu pobre madre, y envia á mi alma las fuerzas que

me faltan, porque el dolor que oprime mi corazón me hace desmayar! ¡Oh! ¿Es posible que haya dolor igual á mi dolor, y amargura semejante á la mía? Tú naciste para bien de los hombres, y los hombres han pagado el amor que les profesabas con una muerte cruel! Tú eras la alegría y el regocijo de mis ojos y de mi alma, y el alma de tu Madre ha sido necesario que contemplara tu dolorosa muerte, y que mis ojos te vieran espirar entre atroces tormentos!... ¿Quién dará lágrimas á la pobre é infortunada Madre, para llorar la tremenda muerte de su adorado Hijo?... ¡Hijo mio! ¡Hijo mio!... Mirame anegada en el dolor, y ten piedad de mí!... Hombres que tanto habeis martirizado á vuestro Dios; hombres que habeis abierto una herida profunda en mi corazón maternal, no me dejes huérfana de hijos; me habeis quitado cruelmente al que era mi vida, pero yo os perdono, así como él ha muerto perdonándoos... No continueis siendo crueles conmigo: ¿qué os ha hecho esta pobre y triste mujer, para que os ensañéis y os complazcáis destrozando su corazón?... No queráis que me quede viuda y sola; me habeis arrebatado á mi divino Hijo; habeis abierto en mi pecho una herida profunda, y yo os pido por compasión que vengais todos á mí, que os cobijéis en mi corazón, que procureis en cierta manera sustituir al Hijo divino, declarándoos mis hijos... Venid á mí; yo os perdono, yo os amo con un cariño maternal incomparable; venid á mí! Rodead á vuestra triste y desconsolada Madre, y esforzaos en cicatrizar con vuestro cariño la herida profunda que vuestra ingratitud ha abierto en mi corazón... ¡Venid, no temais! Ni un reproche hallaréis en mis labios; ni una palabra amarga en mi pecho; nunca mi alma os demostrará mas que amor y ternura... Mirad mi soledad; mirad el abandono en que me quedo; si vosotros faltáis á mi corazón, será como una flor que crece en el desierto... Venid; yo os llevaré al pié de la cruz; yo os enseñaré á amar

al que habeis crucificado; yo os uniré á él con lazos indisolubles en una gloriosa y feliz eternidad. El amor de la Madre ha crecido con sus penas y dolores, y el mundo es poco para recibir las efusiones de mi herido corazón!... Venid, no temais; Dios quiere reconciliarse con vosotros para daros una felicidad imperecedera allá en su glorioso reino, y quiere que yo sea la medianera amorosa y solícita entre El y vosotros: venid, porque os espero con los brazos abiertos; vuestro cariño puede consolarme un poco en mi profundo dolor.

Tierna era la voz de la Madre de los pecadores, y triste sobre toda ponderación. Llegó á los oídos de Cornelio, y el centurion sintió que las lágrimas resbalaban por sus varoniles mejillas: el lamento amoroso de la Virgen desolada llegó á conmoverle profundamente el pecho, y no pudiendo mostrarse sordo al llamamiento de María, con voz embargada por los sollozos, exclamó:

— ¡Madre de pecadores; Madre mía!

Y sin poder articular una palabra mas, deshízose en sollozos y en profundos gemidos, llorando sus pecados, la participación involuntaria que habia tenido en la muerte del Redentor, y la honda pena que afligia el corazón destrozado de la pobre Madre.

Cuando Cornelio dejó la humilde posición que tomara, y se puso de nuevo en pié, el desconcierto de la naturaleza habia cesado, y la luz del sol, aunque pálida y triste iba de nuevo á iluminar la tierra.

Al pié de la cruz llorando estaba María, la Madre de pecadores, y junto á ella el desconsolado Juan el Evangelista, y las mujeres, compañeras inseparables de María, y que tanta fidelidad habian demostrado á ella y á Jesús en aquella hora suprema, durante la cual todos los demás les habian abandonado. Este grupo formado por la fidelidad y por el amor, no profería una sola palabra, alimentábase

de su profunda amargura, y de vez en cuando suspiraba hondamente.

Los soldados de Roma, únicos que por deber y no por gusto habian permanecido en la montaña, estaban profundamente preocupados, y en sus fieros rostros, donde hasta entonces no se dibujara el miedo, estaba pintada la pavora que habia invadido sus almas, y ora miraban el firmamento como para convencerse de que la conflagracion habia pasado, sin destruir la naturaleza y su órden admirable, ora se miraban unos á otros como para asegurarse de que no habian recibido daño, ora ponian sus ojos en el cadáver del Redentor, para preguntarse quién podia ser aquel Sentenciado, cuya muerte produjera tan general trastorno en el cielo y en la tierra.

Poco á poco el temor fuese desvaneciendo, á medida que los rayos del sol iluminaban de nuevo la tierra, y ya fuese que se hallaban cansados de permanecer en el Calvario, y de las repugnantes escenas en que habian tomado parte, ya fuese tambien que temieran ver repetirse el cuadro de desconcierto universal, el caso es que manifestaron á Cornelio deseos de regresar á la ciudad, y este que tambien lo deseaba vivamente para referir los episodios de la muerte del Salvador á Pilatos, accedió á las instancias de sus subordinados.

Los soldados del pretorio, viendo regresar á sus compañeros les rodearon, deseando enterarse de lo que habia pasado, y mientras que los que asistieran á la muerte del Salvador referian á los que habian quedado en la torre Antonia todo lo que en el Gólgota aconteciera, Cornelio entraba á ver á Pilatos, para enterarle de que las sentencias habian sido ejecutadas.

El pretor se hallaba tembloroso, agitado, profundamente triste, y por la palidez de su rostro, y por sus recelosas miradas, podia fácilmente deducirse que la voz del remor-

dimiento gritaba amenazadora dentro de su conciencia.

Cornelio deseaba hacer una pintura de la muerte de Jesús á su amigo, deseaba inducirle á penitencia, porque desde que confesara al divino Mártir, tenia por seguro que un acto de arrepentimiento bastaba para borrar del alma mas ennegrecida todos los pecados. Pilatos, sin embargo, ora fuese porque temiera tener una esplicacion con su generoso amigo, ora fuese tambien á consecuencia de su gran preocupacion, nada preguntó á Cornelio, y este juzgó prudente guardar la relacion que deseaba hacer al pretor, para un momento mas oportuno.

En su consecuencia se retiró yendo á ver á Prócula, para notificarla que él tambien creia en el divino Salvador; que él tambien se publicaba por discípulo del inocente que acababa de espirar en un afrentoso patíbulo.

La afligida Claudia desde aquel momento, y oida la relacion que le hiciera Cornelio de la muerte del Salvador, y vistos los asombrosos portentos acaecidos en el instante de exhalar Jesús el último suspiro, creyó definitivamente en que el Cristo era el único Hijo del único Dios, que habia descendido del cielo, para dar la vida de la gracia á los hombres, por medio de su muerte; y todas las dudas, y todas las vacilaciones que hasta entonces se apoderaban de su corazon magnánimo, desaparecieron de él en un momento, destruidas y aniquiladas por la luz de la fe, como desaparecen en un momento las sombras que reinan en una habitacion, cuando se dejan penetrar en ella los rayos del sol.

Postróse, pues, Claudia de rodillas, adoró la infinita misericordia del Eterno, lloró por la cruel muerte que se habia dado al divino Redentor, y pidió perdon al cielo del infinito crimen de su ambicioso esposo.

Mientras tanto el sol iba precipitándose rápidamente hácia el ocaso, y aquellos malvados judíos, que ningun es-

crúpulo sintieran por conducir á una afrentosa muerte al Mesías esperado, no bien se hubieron restablecido del espanto que les causaran las convulsiones de la naturaleza, sintieron en el fondo de su hipocresía un escrúpulo de género y naturaleza que revelaba bien á las claras quiénes eran ellos.

Acordáronse, pues, que el dia siguiente era el gran sábado de la Pascua, y que no era lícito que los cadáveres de los sentenciados permanecieran en el Calvario, si el pueblo habia de comer el cordero pascual. Mas como no podian ellos disponer que los crucificados, si no habian espirado, recibieran lo que se llamaba entre los romanos *el golpe de gracia*, y como tampoco podian ordenar que los cadáveres de los sentenciados desaparecieran de la cruz, para que el pueblo y ellos mismos *pudiesen comer legalmente y sin escrúpulo el cordero pascual*, resolvieron enviar una comision á Pilatos, que era el único que podia disponer lo que apetecian.

—¿Qué quereis?—les dijo el pretor con fiereza y sin disimular en nada el mal humor que le dominaba.

—Venimos á suplicarte que dispongas se dé el golpe de gracia á los sentenciados, para que el pueblo pueda comer legalmente el cordero pascual.

—¿Y qué le importa al pueblo que los crucificados hayan espirado ó no, para entregarse al festin de que me hablais?

—Nuestra ley prohíbe que haya sentenciado alguno pendiente del patíbulo en el dia del gran sábado, que como sabes muy bien, empieza para nosotros al ponerse el sol.

—Y á mí ¿qué me importan vuestras leyes? Aquí no rige mas ley que la de Roma.

Los delegados salieron amostazados de la presencia de Pilatos, sin saber á qué atenerse, ni qué esperar, así es que al llevar la contestacion á los sacerdotes que les en-

viaran, solo pudieron darles noticias de la fiereza y del mal humor de Pilatos.

—¡No hay bien ni mal que cien años dure!—dijo Anás encogiéndose de hombros;—ya mitigará un poco la fiereza del pretor, á medida que vayan pasando los dias.

—Pero ¿qué harémos si se empeña en no rematar á los crucificados? Esto será un escándalo inaudito para el pueblo:—dijo Caifás afectando una susceptibilidad de conciencia, que estaba, como sabemos, bien léjos de sentir.

—¿Qué?—repuso Anás:—comer el cordero pascual. No parte el escándalo de Israel.

La contestacion de Anás tranquilizó á todos, y ya al parecer, poco les importaba que Pilatos dispusiera que se hiciera lo que le habian pedido, cuando este, llamando al decurion de la guardia, ordenóle que con un piquete fuera al Calvario, y rompiera las piernas á los crucificados, si por acaso hubiese alguno de ellos que permaneciera con vida aun, lo que nada tenia de extraño, pues los que padecian aquel espantoso suplicio, vivian largas horas sufriendo indeciblemente, y algunos hubo, segun la historia refiere, que no espiraron hasta el tercer dia de la crucifixion.

Los soldados, obedeciendo la órden del pretor, dirigiéronse al Calvario, aunque algunos lo hacian con disgusto, porque el temor les asaltaba y extremecía.

Habia entre los soldados uno que se llamaba Longinos, el cual segun la tradicion refiere, era tan corto de vista, ó padecia una afeccion tan grave en los ojos, que se hallaba poco menos que ciego, á consecuencia de ella. Este soldado era tal vez uno de los que mas endurecidos se hallaban, y de los que sentian en su corazon vivo y ardiente el deseo de ensañarse en el divino Salvador.

Animado por este deseo seguia con sus compañeros el camino de la montaña del Calvario, y cuando llegaron á

su cumbre, preguntaba cuál de los tres era el divino Nazareno, porque quería cebarse en El y romperle las piernas, para acabar de una vez con su preciosa vida.

No sabia acaso Longinos que Jesucristo habia espirado, ó tal vez no lo creía, porque era cosa extraordinaria que un crucificado muriese en tan pocas horas, y por ende hacía inverosímil para los soldados de Roma.

Llegáronse estos al lugar donde se hallaban vivos aun los dos ladrones, y la desolada María y las mujeres que la acompañaban, al verlos se estremecieron, pensando tal vez que les iban á arrebatár el divino y destrozado cadáver; imaginando acaso, que ni aun despues de muerto querian dejar en paz al Autor de la vida.

La ansiedad que les dominaba era indescriptible: violentas sacudidas dábales el corazon, y la desolada Madre rogaba á su divino Hijo que no permitiera se renovasen las escenas de dolor que habian tenido lugar hasta pocos momentos antes.

—Naciste para redimir á los hombres muriendo; has terminado tu obra amorosa, Hijo mio; no permitas, pues, que los mortales se ensañen en tí; no permitas que arrebatan á tu pobre madre tu adorado cadáver, puesto que es el único consuelo que me queda!...

Y diciendo esto, hallábase arrodillada, con las manos plegadas, y los ojos suplicantes puestos en su adorado Jesús, que rígido é inmóvil, pendia de la redentora cruz.

Y mientras esto decia la desolada Madre; y mientras así rogaba á su amado Hijo, los soldados acercáronse á los dos ladrones, y observando por las convulsiones que les agitaban que aun no habian espirado, rompiéronles las piernas, para precipitarles de esta manera la muerte.

Dimas tenia el semblante desencajado, es verdad, pero en su rostro se notaban las señales evidentes de la resignacion,

y en medio de sus martirios gozaba de una calma admirable. Gestas por el contrario, daba pruebas de una desesperacion imponderable, y en su rostro se traslucian las horrosas convulsiones de su alma, si se nos permite la frase, en gracia á la exactitud con que pinta el estado de aquel infeliz.

¡Ah! Dimas habia reconocido su pecado; habia pedido perdon, y recibido de la boca misma del Salvador, la seguridad de que aquel mismo dia se hallaria con El en el paraíso. Gestas, el infeliz Gestas, léjos de arrepentirse, léjos de reconocer su pecado, se entretuviera en insultar los tormentos y la agonía del Inocente que espiraba entre ellos!... Por eso Dimas se hallaba tranquilo en medio de los horros de su agonía; por eso Gestas se desesperaba, aumentando de esta manera los tormentos y las angustias de su última hora.

Poco despues de haberles roto los soldados las piernas, los dos ladrones espiraron, el uno para ir á gozar del premio de su arrepentimiento, alcanzado por las súplicas y la gratitud de María, el otro, ¡ay! para ir para siempre á espiar sus delitos en los horros de los tormentos eternos!...

Y mientras los ladrones espiraban, acercáronse los soldados á Jesús, para enterarse de si efectivamente se hallaba muerto. María juntó las manos, cayó de nuevo de rodillas sobre la roca del pavimento, y puso en su adorado Hijo ya cadáver una mirada suplicante.

Los soldados decian con asombro:

—¡Ha muerto ya, no tiene duda!—¡Miradle; su cadáver se halla yerto!

—¡Oh!—gaturó Longinos con desesperacion.—¿Y estais ciertos de que ha muerto el Nazareno?

—Acércate y tócale. El frio de la muerte háse apoderado de su rígido cadáver. No es posible que se le rompan las piernas:—díjole el decurion.

—¿Ni que le hunda mi lanza en el pecho?— prosiguió Longinos con frenesí.

Los soldados se echaron á reir, y acompañando al ciego Longinos al pié de la cruz, guiáronle la mano, y cuando tuvo la lanza sobre el sagrado Corazon, hundióla en él por la Providencia divina, por la voluntad amorosa del que habia muerto para salvarnos.

En aquel Corazon quedaban aun algunas gotas de sangre, que no se habian derramado, y era preciso que se vertieran tambien. La generosidad del Redentor no podia llegar mas allá, y para indicar á los hombres que no habia quedado en su cuerpo divino una sola gota de sangre que por ellos no hubiese vertido, quiso que saliera del divino pecho, con la última gota del líquido vital, una cantidad de agua.

Cuando Longinos apartó la lanza del divino costado, la sangre y agua que de él salia cayó sobre sus ojos enfermos, y al momento de tocar en ellos, devolvióle milagrosamente la vista, y con ella le abrió los ojos del alma, haciéndole conocer su iniquidad.

Los soldados admirados contemplaban el milagro, y Longinos arrepentido pedia perdon á Jesucristo, y postrado delante de la redentora cruz, le reconocia y confesaba por el verdadero Hijo del único Dios.

María entendió el misterio de la lanzada, y sollozando de ternura, corrió á abrazarse á las rígidas piernas del Salvador, exclamando:

—Corazon enamorado de los hombres, que acabas de abrir una puerta en tu pecho, por donde salgan las llamas de tu inmenso amor, y por el cual puedan las almas enamoradas recogerse en tu seno piadoso; yo quiero ser la primera en penetrar dentro de tí, en sumergirme en los abismos de la ternura infinita; en regalarme con la dulzura inagotable de tu amor; recibe bondadoso á la Madre de los pecadores, y con ella á todos sus hijos...

Y luego volviéndose á Juan y á sus fieles compañeras, con una entonacion de indecible ternura exclamó:

—Hijos míos; ved ahí la puerta del amor. El Corazon adorado de Jesús nos espera, pidámosle un asilo, introduzcámonos en él por la herida abierta en el sagrado pecho, y el corazon de Jesús sea nuestra vida, y el amor de Jesús sea la enfermedad que nos conduzca á sus brazos por los siglos de los siglos... Miradle; ha muerto para todos, y á todos queda eternamente abierto: sus delicias son morir en compañía de los hijos de los hombres!...

Y todos se prosternaron en tierra, y adoraron el Corazon del Redentor, al cual el amor acababa de dividir en dos partes. Tan grande, tan profunda era la herida amorosa que los hombres habíamos abierto en él, que para siempre quiso que la tuviésemos manifiesta, para que halláramos en él el enfervorizamiento del alma, la paz del espíritu y la dicha temporal y eterna.

CAPITULO ÚLTIMO.

El Sepulcro.

El Criador habia formado á Eva de una costilla de Adán; habia formado á la madre de los nacidos sacándola del costado del padre universal de los mortales. Jesucristo quiso que saliera su esposa la Iglesia de su costado; quiso que naciera la madre de todos los creyentes del fondo de su corazon traspasado por la lanza de Longinos.

Nacida la Iglesia, alimentábala María con el cariño de una madre incomparable, y la abrigaba contra su pecho,